

lo creían digno de mayores recompensas, que las que se le habían atorgado.

Sin embargo, su prosperidad no le enorgulleció, ni corrompió la grandeza de su alma. Por muy considerables que fuesen las ventajas de que gozaba, ninguna estimaba tanto como el ser cristiano y practicar la ley santa del Señor. Estaba enteramente alejado del lujo y de la ostentación de la corte: su modestia y buen comportamiento eran tan poco comunes y tan estimados, que se le confiaban los asuntos de más importancia. Su corazón estaba enteramente desprendido de los bienes de la tierra: daba con mucha liberalidad á los pobres, y á nadie podía rehusar cosa alguna.

Se ejercitó en obras de piedad poco comunes, y en las ocupaciones de su profesión, y hasta en sus recreaciones procuró agrandar á Dios. Su rectitud le inspiró el celo por la verdad, y en los combates que tuvo que sostener demostró que sabía defenderla, y que la amaba con preferencia á todas las demás cosas. Tal fué la conducta observada por Cesáreo en la corte.

Pero por digno de elogios que apareciese, no estaba satisfecho de él san Gregorio. No dejaba de escribirle, animándole á dejar la corte, pues temía que el aire de los palacios le contagiase, como sucede de ordinario. Pero estas alarmas fueron más vivas, cuando por muerte de Constancio se puso al servicio de Juliano el Apóstata.

Este príncipe se declaró decididamente en favor de la idolatría, y apenas tomó posesión del imperio, arrojó de su corte á todos los oficiales que profesaban el cristianismo. Cesáreo permaneció, no obstante, en su servicio, escandalizándose todo el mundo de su resolución y encontrando anómalo et que el hijo de un obispo permaneciese en la corte de un apóstata, en medio de las profanaciones y sacrilegios que en ella tenían lugar.

Su padre fué penetrado del más vivo dolor, si bien Gregorio, que no se hallaba ménos afligido, procuró tranquilizarle, haciéndole ver que su hermano estaba muy firme en la fé, y que, por lo tanto, no tardaría en abandonar un lugar en que estaba expuesto á perderla. Uno y otro tuvieron mucho cuidado de ocultar lo que acaecía á santa Nona, que habría experimentado inconcebible amargura. Por último, san Gregorio resolvió hacer un esfuerzo supremo para arrancarlo de este lugar de perdición, y le escribió una carta exponiéndole de una parte el escándalo que daba á todo el mundo y la affixión que producía á su familia, y por otra, que en la casa de su padre encontraría todo lo que pudiera desear, y sobre todo una sólida piedad. Concluye declarando que, si pretendía conservar en la corte de Juliano la pureza de su fé, ocuparía un lugar muy bajo é indigno, y que si quería hacer fortuna en lo temporal, tendría necesariamente que recibir heridas en su alma.

Muy pronto experimentó Cesáreo la verdad de lo que Gregorio le decía: pues tuvo que sostener un combate con el príncipe, que atacó su religión en presencia de muchas personas. Pensaba Juliano embarazarle con sus artificiosos discursos: pero Cesáreo, que era muy instruido, y que en este peligro se hallaba asistido por la divina gracia, le respondió con la misma facilidad que si hubiese hablado con un niño, y concluyó diciendo en voz alta que era cristiano y que quería serlo siempre. Viéndole Juliano tan firme en su fé, dejó escapar estas palabras que todo el mundo oyó: « ¡ O dichoso padre ! ¡ ó felices hijos ! » queriendo significar con ellas que era muy dichoso Gregorio por tener unos hijos tan generosos, y que estos no lo eran ménos por su constancia en la fé; pues no sólo hablaba de Cesáreo, sino también de su hermano, cuyo mérito y aversión á la idolatría le eran conocidos.

No queriendo llevar el asunto más adelante, lo dejó para otra audiencia, pues se hallaba muy preocupado con los preparativos de la guerra que se proponía hacer á los Persas. Pero Cesáreo no esperó esta segunda audiencia, sino que siguiendo el precepto del Evangelio, que prohíbe exponerse á peligro, se retiró de la corte, y volvió al lado de su padre con los laureles del triunfo, aunque sin haber derramado su sangre. Allí permaneció hasta la muerte de Juliano, haciendo una grande provisión de fuerzas para defenderse de la corrupción de la corte, en la que volvió á brillar con mayor claridad.

La muerte de Juliano ocurrió en la noche del 26 al 27 de junio de 363, y Cesáreo apareció nuevamente en la corte de Joviano, príncipe muy religioso, con tanto honor y gloria, que más bién parecía recibir una gracia el emperador, que dispensarla. Los cambios que ocurrieron después de su reinado, que sólo duró algunos meses, no disminuyeron el prestigio de Cesáreo: pues los emperadores Valentiniano y Valente se disputaban el honor de tenerle á su lado. Permaneció en el servicio de este segundo, que le confió un importante cargo en la administración, creyéndose que fuese el de tesorero de la Bitinia, lo cual le obligaba á vivir en esta provincia, que, como no estaba lejos de Constantinopla, no amenguaba su prestigio.

Una fortuna tan brillante no halagaba á su hermano san Gregorio, que juzgaba de las cosas terrenas según las máximas del Evangelio. Tenía pena de que un alma tan generosa se apegase á la bajeza de las cosas del mundo, y no dejaba de aconsejarle en todas las ocasiones que se le presentaban, y otro tanto hacía san Basilio; pero como Cesáreo difriese la ejecución de lo que le proponían, se encontró sorprendido en Nicea, el 11 de octubre de 368, por un terrible terremoto, que acabó de destruir esta ciudad, ya quebrantada por anteriores sacudidas, pereciendo

bajo las ruinas la mayor parte de sus habitantes. Cesáreo resultó con algunas heridas: perdió casi todos sus bienes, y escapó de la muerte por una especie de milagro. San Gregorio aprovechó esta ocasión para exhortarle á que diese gracias á Dios por haberle librado de tan grande peligro, y á que pusiese en práctica sus propósitos de consagrarse enteramente á su servicio.

San Basilio le escribió con el mismo objeto una carta muy edificante, y en la que entre otras cosas le decía: «Dá gracias al Señor que ha ejercido contigo su misericordia, librándote de un peligro tan inminente. Guárdemonos de ser ingratos, y publiquemos su poder y su bondad con vivo reconocimiento. Pero no basta que lo manifestemos con palabras, sino que es preciso hacerlo con obras, tales, como las que presumo que haces. Nunca podré exhortarte suficientemente á servir á Dios con fidelidad, y á añadir el temor saludable de su justicia al reconocimiento que debes á su misericordia, á fin de que llegues á la perfección. Usa, como prudente administrador, de la vida que te ha conservado; pues si, según las santas Escrituras, debemos vivir siempre como personas que han resucitado, con más razón estamos obligado á ello, cuando hemos sido arrancados de los brazos de la muerte. A mi juicio, nada tan conveniente como ejercitarnos en los mismos sentimientos que tendríamos á la hora de la muerte: pues entónces conocemos mejor la vanidad é inconstancia de las cosas humanas, y al mismo tiempo que nos produce remordimientos el recuerdo de la vida pasada, prometemos á Dios la enmienda, si nos libra del peligro. Tú te has encontrado en el mismo caso, y por lo tanto, te debes considerar cargado de una deuda que un día habrás de satisfacer. El gozo que experimento por la gracia que Dios te ha otorgado me dá libertad para hablarte de esta manera, y mayor aún sería mi satisfacción, si aceptases este escrito

con la misma docilidad que has manifestado en nuestras conversaciones familiares. »

Cesáreo supo aprovecharse de los consejos de este excelente amigo y de su hermano : pues escribió á este manifestándole que había resuelto dejar el servicio del rey de la tierra para consagrarse al del cielo. Como no era más que catecúmeno, recibió el santo bautismo ; pero no tuvo tiempo de poner en practica sus propósitos : pues poco despues del terremoto de que hemos hablado, es decir, á fines del 368 ó principios del 369, se sintió acometido de una enfermedad que le llevó al sepulcro. Quiso que los pobres fuesen sus únicos herederos, por ser saltero. Se le enterró en Nacianzo y en la tumba que para sí tenían preparada sus padres, y en lo que fué colocado por ellos mismos. Su madre, con un espíritu de piedad superior á su amargura, asistió á los funerales, no con hábito de duelo, pues estaba segura que, si el cuerpo de su hijo había bajado á la tierra, su alma había subido al cielo, como las primicias que de su familia ofrecía á Dios, por más que era el más pequeño.

Su hermano san Gregorio honró la fúnebre solemnidad con un excelente discurso que pronunció ante su tumba. Esta pérdida le fué muy sensible, y diez años despues le profesaba la misma ternura, besando cariñosamente los objetos que le habían pertenecido. En sus sueños le veía coronado de gloria, ya fuese por una verdadera aparición ó ya porque su amor se lo representase tal cual esperaba verlo en el dia de la resurrección. La Iglesia, en efecto, le honra como santo : la latina el 25 de febrero, y la griega el 9 de marzo.

Réstanos hablar de santa Gorgonia. Ya hemos dicho que no se sabe si era la mayor de los hermanos, ó si nació despues de san Gregorio ; pero consta que lo fué ántes de san Cesáreo, el menor de los hijos de santa Nona. Nada olvidó

esta piadosa madre para educarla en la piedad, valiéndose de las instrucciones y de su propio ejemplo. Fué dada en matrimonio á un hombre de la provincia de Pisidia, que, según se cree, era pagano, cosa no extraña en aquél tiempo. Su nuevo estado la obligó á vivir en Icona, metrópoli de la segunda Pisidia, en donde habitaba su marido. Allí se puso bajo la dirección espiritual del obispo, que se presume fuera Faustino, antecesor de san Anfiloco. Bajo este sabio prelado, que la dirigió hasta su muerte, llegó á un grado tan eminente de santidad, que le mereció el culto público en la Iglesia. Ya se la considere en el ejercicio de la religión, ya en el gobierno de su casa, ó bién en su trato con el mundo, demostró siempre una virtud poco común y muy excelente.

La oración contituía una de sus principales ocupaciones, acompañándola con atención respetuosa y ardiente fervor. Derramaba en ella abundantes lágrimas, y hacía frecuentes genuflexiones. No podía verse su asistencia á la iglesia y su atención á la salmodia sin sentirse edificado. Mortificaba su cuerpo con ayunos y vigiliias, hasta el punto de rehusar á sus sentidos las más inocentes satisfacciones.

A pesar de ser casada, observó siempre una grande modestia, no haciendo caso de los atavíos mundanos y guardando una compostura exterior capaz de honrar y edificar á las vírgenes consagradas al Señor. Era seria, no por tener un caracter desapacible, sino porque amaba el silencio y el recogimiento. Su vigilancia sobre sus palabras y sus acciones la preservaba de la multitud de imperfecciones que se cometen ordinariamente por falta de atención y recogimiento interior.

Estaba de ordinario retirada en su casa, atendiendo á los cuidados domésticos y á la educación de sus hijos, como madre de familia que quiere cumplir exactamente los deberes que su estado le impone. Por otra parte, por aficionada

que fuese al retiro, que observaba en cuanto se lo permitían sus atenciones, no dejaba su casa de estar abierta á todas las personas que hacían profesión de piedad, recibiendo afectuosamente á todas las que acudían á su caridad, ó á pedirle consejo; pues como por una parte, estaba dotada de un excelente espíritu así como de sabiduría y prudencia, se le consideraba como consejera del país, y como se conocía, por otra parte, su compasión por la desgracia, todos acudían, y no en vano, á su caridad.

Se dominaba á sí misma por la paciencia y por la perfecta sumisión á la voluntad de Dios en las adversidades y contradicciones de que está sembrada la vida. En todo lo que hacía la guiaba la intención más pura, no proponiéndose más que la gloria de Dios, así es que ocultaba con el mayor esmero sus buenas obras, no dejando entrever más que aquello á que estaba obligada para dar buen ejemplo.

Era tan grande su confianza en Dios, que en una herida que sufrió al caer de su carruaje, y no queriendo manifestarse al médico acudió sólo á la bondad divina, que recompensó su modestia con una curación milagrosa.

En otra enfermedad que tuvo, y en que los médicos desesperaban de su salud, se hizo conducir á la iglesia, puso la cabeza sobre el altar, derramó abundantes lágrimas, y tomando la sagrada Eucaristía, quedó enteramente curada.

Tuvo muchos hijos, pero no conocemos más que el nombre de sus tres hijas, la mayor de las cuales se llamaba Alipiana, y las otras dos Eugenia y Nona. Alipiana encerraba en un pequeño cuerpo una virtud muy grande; se dedicaba exclusivamente á las ocupaciones propias de su sexo: su alma estaba abrasada en el fuego del amor divino, y para hacer su oración inclinaba su cabeza hasta tocar la tierra. « Hé aquí, decía san Gregorio hablando de ella, cuán grande es la sabiduría de sus palabras; desprecia los adornos mundanos: su generosidad es superior á su sexo:

cuida incesantemente de su casa, y se desvela por el bienestar de su marido. » Este marido era Nicóbulo, cuyo elogio hace san Gregorio en otro pasaje, y de quién confiesa haber recibido muchas atenciones. Murió muy joven, hacia el año 385, dejando á su esposa á la cabeza de numerosa familia. Su hijo mayor llevaba el mismo nombre que él, y una de sus hijas, llamada Alipiana, como su madre, abrazó la virginidad con un espíritu y una resolución tan generosa, que admiró á su mismo tío san Gregorio.

Las otras dos sobrinas de este Santo, Eugenia y Nona, no se aprovecharon tanto como Alipiana de las instrucciones de su piadosa madre. Quisieron en un principio consagrarse á Dios en el estado de la virginidad, pero no perseveraron en su santa resolución, lo cual fué causa de que su abuelo san Gregorio no les distinguiese en su testamento tanto como á Alipiana.

En cuanto á santa Gorgonia, ántes de morir tuvo el consuelo de que su esposo y sus hijos recibiesen el santo bautismo: así es que, después de haber puesto á toda su casa en camino de salvación, no aspiró más que á la dicha de poseer á Dios eternamente. Previó su muerte, y se preparó á ella redoblando su fervor, entregando su espíritu al Señor, hacia el año 379, con los sentimientos de piedad que habían animado su corazón durante toda su vida. San Gregorio asistió á su muerte, con la bienaventurada Nona, su madre, su marido y sus hijos, é hizo su oración fúnebre, que es un compendio de las virtudes que la distinguieron. Los griegos celebran su memoria el 23 de febrero y el 9 de diciembre, y los latinos lo hacen en este segundo día.